

Orígenes de un escritor de no ficción

GAY TALESE

Traducción de Maryluz Vallejo
y Juan José Hoyos

Reproducido del libro *Writing creative nonfiction. The literature of reality*, publicado por HarperCollins College Publishers. New York, 1996

I

Vengo de una isla y de una familia que reforzaron mi identidad como un americano marginal, un "outsider", un extraño en mi propia nación. Pero en lugar de que esto impidiera mi asimilación a la corriente normal de la vida, me guió por un sendero interesante, familiar a muchas personas que buscan volverse escritores.

Mis orígenes son italianos. Soy el hijo de un sastre sobrio, pero elegante, de Calabria y de una madre italo-americana, amable y emprendedora, que metió con éxito a nuestra familia en el negocio de los trajes. Fui educado por monjas y sacerdotes católicos irlandeses en una pobre escuela parroquial en la isla de Ocean City —bajo control protestante— al sur de la línea costera de New Jersey, donde nací en 1932.

Esta comunidad de ventiscas y arenas barridas se fundó primero como un retiro religioso en 1879 por ministros metodistas. Ellos deseaban asegurar la presencia

de Dios en la playa para librar al verano de la corrupta exhibición de la carne y eliminar las tentaciones del alcohol y otros espíritus del demonio que veían rondando tan libremente como los mosquitos de los pantanos. Como esos ministros de la moderación no lograron difundir todas sus virtuosas ambiciones, inculcaron en la isla un sentido victoriano de represión y de hipocresía que se mantiene hasta hoy.

La venta de licores sigue prohibida. Muchos negocios se cierran en el "Sabbath". Las torres de las iglesias surgen prominentes en un cielo impoluto. En el centro del pueblo están las casas blancas como pan de jengibre con amplios porches, torrecillas y cornisas que conservan la apariencia de la América de finales del siglo pasado. En mi juventud una joven y voluptuosa mujer que caminaba por la playa usando un pequeño bikini podía hacer fruncir el pacífico ceño de las matronas decentes del pueblo, si no de los hombres de mediana edad que ocultaban su lascivia detrás de unas gafas oscuras de sol.

En este sitio donde la sensualidad y el pecado estaban

"Es obvio que mi trabajo estaba basado en un estilo anticuado: caminar mucho, gastando la suela de los zapatos, pasar muchas horas con el personaje de la historia, día tras día (justo como yo había pasado tantas horas de mi juventud en el almacén de mis padres, observándolo todo y escuchando) —el "Arte de colgarse a la gente," lo he llamado así algunas veces. El es una parte fundamental de mi trabajo junto con ese otro elemento que yo he mencionado mucho, un regalo de mi madre: la curiosidad. Mi madre sabía que hay una diferencia entre ser curioso y ser entrometido. Y esta distinción me ha guiado siempre cuando observo a la gente que entrevisto y a la hora de escribir, cuando los presento en mis reportajes..."

siempre en delicado balance, cultivé una curiosidad insaciable que coexistía con mi sexualidad adormecida por las monjas. A menudo iba después de la cena a desenterrar almejas en la arena, pero a veces me encaminaba solo hacia los botes dejados en la playa, detrás de los cuales se acariciaban las más amorosas parejas de adolescentes de la isla; después, sin embargo, me adapté a las reglas establecidas en mi escuela parroquial para dormir: dormía de espaldas, con los brazos cruzados en mi pecho y mis manos descansando en los hombros opuestos, una postura que presumiblemente hace imposible la masturbación. Al amanecer servía en la misa como acólito a un sacerdote con aliento a whisky, y después de la escuela trabajaba como mensajero en la tienda de ropa de mi familia que atendía a respetables mujeres de amplios medios y figuras. Se trataba de las esposas de los ministros, de los banqueros, las jugadoras de bridge, las chismosas. Eran las damas enguantadas de blanco, que en el verano evitaban la playa y las caminatas por el malecón para gastar cantidades considerables de tiempo y dinero a lo largo de las principales avenidas en almacenes como el de mis padres, donde en medio de los susurros de los ventiladores y de las delicadas atenciones de mi madre en los vestieres, podían probarse la ropa mientras chismoseaban sobre sus vidas privadas y los sucesos y desgracias de sus amigas y vecinas.

El almacén era una especie de "show de conversadores" que giraba alrededor de las simpáticas maneras y de las bien cronometradas preguntas de mi madre; y como un niño no es mucho más alto que los mostradores detrás de los cuales solía pararme para fisgonear y

escuchar, aprendí mucho de lo que podría serme útil años después cuando comencé a entrevistar gente para los artículos y los libros.

Aprendí a escuchar con paciencia y atención y a no interrumpir nunca cuando la gente tenía grandes dificultades para explicarse, porque durante esos momentos de vacilación (como me enseñó mi paciente madre) la gente era más reveladora —las dudas al hablar resultaban muy dicientes—. Sus pausas, sus evasivas, sus repentinos cambios en el tema de conversación eran claros indicadores de lo que los avergonzaba o irritaba, o de lo que ellos miraban como demasiado privado para descubrirlo ante otra persona en ese momento. Sin embargo, también alcanzaba a escuchar a mucha gente hablando ingenuamente con mi madre sobre aquello que primero habían evitado —una reacción que pienso tenía menos que ver con su naturaleza curiosa o con sus preguntas de aparente sensibilidad, que con la gradual aceptación de ella como su confidente—. Las mejores clientes de mi madre fueron mujeres menos necesitadas de nuevos trajes que de comunicarse.

La mayoría de ellas nació en privilegiadas familias de Filadelfia, de antepasados anglosajones o alemanes, y eran generalmente altas y de talla grande, como bien las tipificaba Eleanor Roosevelt. Sus bronceadas, curtidas y agradables caras estaban doradas como resultado de su devoción a la jardinería, que ellas describían a mi madre como su pasatiempo favorito en el verano. Reconocían no haber ido a la playa en mucho tiempo, usando durante esos años lo que yo

supongo eran trajes de baño modestamente diseñados para atraer una segunda mirada del guardacostas.

Mi madre había sido criada en un vecindario de Brooklyn, habitado principalmente por familias inmigrantes de italianos y judíos, y aunque adquirió cierta conciencia de la moda durante los cuatro años previos al matrimonio en que trabajó como proveedora en el almacén más grande de la ciudad, sólo vino a conocer un poco acerca de la América protestante cuando se casó con mi padre. El había dejado Italia para vivir un tiempo en París y en Filadelfia antes de establecerse en la isla de pan blanco de Ocean City, donde comenzó un negocio de sastrería y lavandería y después, asociado con mi madre, la boutique de ropa.

Aunque las precisas y reservadas maneras de mi padre y el cuidado diario que ponía a su apariencia le daban un aire de compatibilidad con los más escrupulosos y prominentes hombres del pueblo, fue mi madre la que estableció los lazos con la sociedad de los isleños, por intermedio de las mujeres que cultivaba primero como clientas y eventualmente como amigas y confidentes. Ella acogía a esas mujeres en el almacén como si estuvieran en su casa, las invitaba a sentarse en las sillas de cuero rojo fuera de los cuartos de ropa, y me enviaba a mí a la tienda de la esquina por sodas y té helado para obsequiarles. No permitía que las llamadas telefónicas interrumpieran sus conversaciones, dejando que mi padre o algunos de los empleados tomaran los mensajes. Y aunque hubo una o dos clientas que abusaban de su paciencia como oyente, obligándola a ocultarse en el cuarto de las mercancías tan pronto como las veía venir, la



mayoría de lo que yo escuchaba y de lo que era testigo en el almacén fue mucho más interesante y formativo que todo aquello que aprendí de los censores de túnicas negras que me enseñaron en la escuela parroquial.

Ciertamente, en esas décadas desde que dejé la casa, tiempo del que retengo una clara memoria de mi juventud con la oreja parada atento a las voces de esas mujeres, me parece que muchos de los asuntos sociales y políticos que han sido debatidos en América en la segunda mitad del siglo veinte —el papel de la religión en la alcoba, la igualdad racial, los derechos de las mujeres, la difusión de películas y publicaciones sobre sexo y violencia— fueron todos discutidos en la boutique de mi madre mientras yo crecía durante los años de la guerra y la posguerra en la década del cuarenta.

Aunque recuerdo a mi padre escuchando hasta tarde en la noche las noticias de la guerra en su radio de onda corta en el apartamento que teníamos encima del almacén (sus dos jóvenes hermanos estaban entonces en el ejército de Mussolini luchando contra la invasión de los Aliados a Italia), lo que me dio un sentido más íntimo del conflicto fue la visita de una mujer llorosa que una tarde llegó a nuestro almacén para contarnos de la muerte de su hijo en un campo de batalla italiano; un anuncio que hizo más profunda la compasión y solidaridad de mi madre, mientras mi angustiado padre permanecía detrás de la puerta cerrada de su cuarto de sastrería en la parte trasera del edificio. Recuerdo a otras mujeres quejándose en esos años de sus hijas que dejaban la escuela para fugarse con los hombres en

servicio o para trabajar como voluntarias en los hospitales, de los cuales ellas frecuentemente no volvían a casa en las noches, y de los esposos de mediana edad que habían sido vistos en bares de Atlantic City después de haber atribuido la ausencia de casa a sus trabajos como supervisores en las plantas de defensa en Filadelfia.

Las exigencias de la guerra y las excusas que proporcionaba eran, por supuesto, evidentes y estaban disponibles en todas partes; pero yo creo que los grandes eventos influyen en las pequeñas comunidades en forma iluminadora, porque la gente termina más involucrada en aquellos lugares donde casi todo el mundo conoce a todo el mundo (o así piensan), donde hay pocos muros detrás de los cuales ocultarse, donde los sonidos llegan más lejos y donde un ritmo menos apresurado permite una mirada más larga, una profunda percepción y, como personificado por mi madre, el placer y el privilegio de escuchar.

De ella no sólo aprendí esta lección que podría ser esencial para mi futuro trabajo como escritor de no ficción buscando la literatura de la realidad; también obtuve desde mi centro de observación del almacén la comprensión de otra generación, esa que representaba una variedad en el estilo, en el comportamiento y en los referentes del pasado, más allá de lo que había encontrado en mis experiencias normales en la escuela y en casa. Sumado a las clientes de mi madre y a sus esposos, quienes ocasionalmente las acompañaban, el lugar era frecuentado por empleadas que ayudaban a mi madre con las ventas y empaques durante los ajetreteados meses de verano; los sastres mayores y retirados que trabajaban con mi padre en el

cuarto de atrás arreglando vestidos y trajes (y, con bastante frecuencia, tratando de remover las manchas de whisky de los trajes de algunos bebedores furtivos del pueblo); los chicos mayores del bachillerato que conducían los camiones de entrega; y los negros itinerantes que operaban las máquinas de presión. Todos los planchadores tenían pie plano por lo que habían sido rechazados del servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial. Hubo un militante musulmán que fue el primero en hacerme consciente de las provocaciones con los negros en esa época en que incluso el ejército de los Estados Unidos estaba racialmente segregado. “Servicio militar o no servicio militar”, le escuché decir a menudo, “ellos nunca van a obligarme a luchar en esta guerra de hombres blancos!”

Otro operario de las planchas que entonces trabajaba en el almacén, un hombre macizo con la cabeza afeitada y cicatrices de cuchillo en los antebrazos, tenía una esposa pequeña y peleadora, que entraba con frecuencia al cuarto de vapores a regañarlo ruidosamente por sus hábitos de jugador nocturno y por otras indiscreciones. Recordé la agresividad de ella muchos años después, en 1962, cuando estaba investigando un artículo para *Esquire* sobre el ex campeón de pesos pesados Joe Louis, un hombre a quien había seguido desesperadamente por numerosos bares de Nueva York la tarde antes de nuestro vuelo de regreso a casa en Los Angeles. En el área de reclamo de equipajes en Los Angeles, nos encontramos con la esposa del boxeador (la tercera), quien rápidamente armó una discusión doméstica que me proporcionó la escena de apertura del artículo de la revista.

Después de que mi colega Tom Wolfe lo leyera, lo acreditó públicamente y presentó el reportaje como una nueva forma de no ficción que trae para el lector la más estrecha proximidad a la gente real y a los lugares mediante el uso del diálogo preciso, la reconstrucción de la escena, los detalles más íntimos, incluyendo el uso del monólogo interior —(mi madre podía preguntar a sus amigas “¿Qué es lo que estás pensando cuando dices tal cosa?”, y yo hacía las mismas preguntas sobre las que más adelante escribiría)— sumado a otras técnicas que por largo tiempo estuvieron asociadas con escritores de ficción y dramaturgos. Cuando el señor Wolfe calificó de emblemática de lo que él llamaba “El Nuevo Periodismo” mi pieza sobre Joe Louis, pensé que no merecía este cumplido porque yo no había escrito hasta entonces nada que pudiera considerar estilísticamente “nuevo” desde mi acercamiento a la investigación y al relato que se había desarrollado de forma natural en el almacén de mi familia, buscando el foco y la inspiración sobre todo en los signos y sonidos de la gente mayor que yo veía interactuar día a día como personajes de una obra victoriana —las damas blancas enguantadas sentadas en las sillas de cuero rojas, dando rienda suelta a sus charlas de mitad de tarde mientras miraban soñadoras detrás del toldo de la tienda hacia el distrito de los negocios reverberantes por el sol y el calor en un tiempo que parecía dejarlas atrás.

Pienso en ellas ahora como en la última generación de novias vírgenes de América. Las veo como representantes de estadísticas no registradas en el Kinsey Report —mujeres que no tomaron parte en el sexo

pre-marital o extra-marital o incluso en la masturbación. Imagino que muchas ya estarán en el cielo y se llevaron con ellas sus valores pasados de moda estrechamente atados por los lazos de las restricciones. En otras épocas sentí algo de su reencarnada vitalidad (junto con la vigilancia de las monjas de mi escuela parroquial) en el espíritu neo-victoriano de los años 1990, su influencia en la escritura de las reglas para los encuentros románticos del Antioch College, sus voces en armonía con el feminismo antipornográfico, su presencia flotando sobre nuestro gobierno como institutrices.

Pero mi recuerdo de las damas enguantadas de blanco se mantiene intacto por ellas y las otras personas que fueron clientes o que trabajaron en el almacén de mis padres (además de la curiosidad transferida por mi madre) y que encendieron mi temprano interés por la vida en un pequeño pueblo, por las preocupaciones de la gente común y corriente. Cada uno de mis libros, de hecho, recoge la inspiración de alguna manera de los elementos de mi isla y de sus habitantes, quienes eran típicos representantes de los millones que se desenvolvían familiarmente todos los días en almacenes y cafeterías y a lo largo de los paseos marítimos de los pequeños pueblos, de las ciudades periféricas y de los vecindarios urbanos en cualquier parte del mundo. Y todavía, a menos que tales individuos se hayan visto envueltos en crímenes o sufrido horribles accidentes, su existencia es generalmente ignorada por los medios masivos tanto como por los historiadores y biógrafos, quienes tienden a concentrarse en la gente que se revela a sí misma de alguna manera atrevida o evidente, o quienes surgen desde las

multitudes como líderes, o los triunfadores, o quienes de una u otra manera se vuelven célebres o tristemente famosos.

Como resultado, esa vida cotidiana “normal” en América sólo es retratada en la “ficción” por los novelistas, dramaturgos y cuentistas como John Cheever, Raymond Carver, Russell Banks, Tennessee Williams, Joyce Carol Oates y otros que poseen el talento creativo para darle categoría artística a la vida corriente, y para hacer memorables las experiencias y preocupaciones comunes de hombres y mujeres dignos de la súplica que hace Arthur Miller en nombre de su sufrido vendedor: “Se debe prestar atención a todos”.

Y todavía sigo creyendo, y estoy esperanzado en demostrarlo con mis esfuerzos, que la gente común y corriente también puede ser protagonista de la “no ficción”, y *que sin cambiar los nombres o falsear los hechos*, los escritores pueden producir lo que en esta antología se ha llamado “Literatura de la realidad”. Diferentes escritores, por supuesto, reflejan diferentes definiciones de la realidad. En mi caso se refleja desde la perspectiva y la sensibilidad de un forastero de un pequeño pueblo americano cuya visión exploratoria del mundo está acompañada por la esencia de la gente y del lugar que he dejado atrás, la ignorada población que está en todas partes, pero que muy rara vez es tomada en cuenta por los periodistas y otros cronistas de la realidad porque para ellos no tiene interés periodístico.

Mi primer libro —*Nueva York —Una jornada de hallazgos casuales*— publicado en 1961, presenta los personajes de un pequeño vecindario de Nueva York y revela los intereses vitales de ciertos individuos oscuros que habitan entre las sombras de la ciudad de los rascacielos. Mi siguiente libro, *El puente*,

publicado en 1963, enfoca la vida privada y los amores de los trabajadores del acero y la manera como ellos están ligados a la isla por un puente, y cómo se alternan los personajes de la tierra con los de la isla. Mi primer *best seller* en 1969, titulado *El reino y el poder*, describe los antecedentes de familia y las relaciones interpersonales de mis antiguos colegas de *The New York Times* donde yo trabajé desde 1955 hasta 1965. Este fue mi único trabajo de tiempo completo, que me obligó a pasar todos esos años en la redacción de la calle 43 en las afueras de Broadway. Esa sala de redacción fue mi “almacén”.

Mi siguiente *best seller*, *Honrarás a tu padre*, fue escrito como reacción a la vergüenza de mi padre por el predominio de nombres italianos en el crimen organizado. Crecí escuchándolo quejarse de que la prensa americana exageraba el poder de la mafia y el papel que jugaban en ella los gánsteres italianos. Aunque más tarde mi investigación iba a probar que él estaba en un error, el libro que terminé en 1971 (habiendo tenido acceso a la mafia a través de miembros italo-americanos cuya amistad y confianza cultivé) fue menos acerca de las batallas armadas que acerca de la insularidad que caracterizaba las vidas privadas de los gánsteres y sus familias.

En respuesta a esa represión sexual e hipocresía tan patéticas en mis años formativos, escribí casi que dedicada a los clientes de la boutique de mi madre, *La mujer del vecino*. Publicada en 1980, esta novela sigue las pistas de las definiciones y redefiniciones de la moralidad

desde mi adolescencia en los años treinta hasta la era de la liberación sexual previa al sida que continúa hasta los ochenta: medio siglo de cambios sociales que describo en el contexto de las vidas sencillas llevadas por típicos hombres y mujeres alrededor del país.

El capítulo final en ese libro se refiere a la investigación que hice entre nudistas en playas privadas situadas a veinte millas de mi isla nativa —una playa que visité sin ropa y en la cual pronto pude descubrir que era observado por “voyeurs” que permanecían con sus binoculares a bordo de varios botes anclados en el Yacht Club de Ocean City. En uno de mis primeros libros acerca de *The Times*, *El reino y el poder*, me referí al oficio periodístico que ejercí antes como el de un voyerista. Pero aquí, en esta playa nudista, sin las credenciales de prensa y ni una hebra de ropa, mi papel se revirtió súbitamente. Ahora más que un observador soy observado, y no hay duda de que mi próximo y más personal libro *Unto the sons*¹, publicado en 1991, avanza a partir de esa escena final en *La mujer del vecino*. Es el resultado del afán de exponerme a mí mismo y mis influencias pasadas en un libro de no ficción, sin cambiar los nombres de la gente o de los lugares donde cobraron forma mis personajes. También es un modesto ejemplo de lo que es posible para los escritores de no ficción en estos tiempos de mayor franqueza, de leyes más liberales con respecto al libelo y a la invasión de la privacidad, y de amplias oportunidades para explorar una amplia variedad de temas, incluso, como en mi caso, desde los estrechos confines de una isla.

II

Yo dejé la isla en el otoño de 1949 para irme a estudiar a la Universidad de Alabama. Tenía entonces diecisiete años, la cara marcada por el acné y una inseguridad frente a la gente que no había experimentado antes. La comodidad que había encontrado entre mis mayores cuando fui recadero en la boutique de mis padres, y las muy cultas y personalizadas “maneras del almacén”, que había heredado de mi madre y que me habían congraciado con la élite de mujeres que frecuentaban su boutique en la época de verano, me había dado ventajas nada despreciables durante los meses desiertos y húmedos de baja temporada, cuando tenía que asistir al colegio. Para la mayoría de los adolescentes con quienes pasé mis cuatro años de escuela en un frío edificio de ladrillos a dos cuadras del mar, yo era un compañero de clase apenas de nombre.

Me miraban de diversas maneras: como un ser “complicado”, “reservado”, “presumido”, “distruido”, “raro”, “que vive en otro mundo”, según me describió un grupo de antiguos compañeros en una reunión a la que asistí años después. Ellos también recordaban que durante los días del colegio yo parecía mayor que el resto del grupo, una impresión que atribuyo principalmente a que era el único estudiante que iba a clase todos los días de chaqueta y corbata. Pero aunque parecía que era mayor, no me sentía superior a nadie, y ciertamente nunca fui un líder en ninguno de esos campos en los cuales nos ponemos a prueba

¹ No se ha traducido al español, pero este título remite a una frase bíblica que puede traducirse como “A los hijos”

atlética, social o académicamente.

Por tener una constitución demasiado endeble y no ser muy rápido no podía participar en el equipo de fútbol; en basquetbol permanecía calentando el banco como sustituto de la defensa; en béisbol tenía habilidades para golpear con "buenas manos", pero un estilo errático para lanzar, y el entrenador dudaba siempre en incorporarme a la selección. Mis principales contribuciones al deporte venían después de los juegos cuando regresaba a casa y escribía a máquina acerca de los partidos para el semanario del pueblo, y algunas veces para el diario que se publicaba en Atlantic City. Esta no fue la tarea para la que me buscaron en principio. Por largo tiempo fui uno de los asistentes de los entrenadores encargado de telefonar a la prensa para informar los resultados de esos partidos que los editores juzgaban poco importantes para ser cubiertos por algún reportero de planta. Pero una tarde, durante mi segundo año de colegio, el entrenador auxiliar de nuestro equipo de béisbol protestó porque no tenía tiempo para ocuparse de los marcadores, y por alguna razón el entrenador principal me pidió hacerlo, posiblemente porque me había visto muchas veces rondando cerca del cuarto de *lockers*, haciendo nada, y porque también sabía que yo era suscriptor de varias revistas deportivas (las que solía pedir prestadas y nunca devolvía). Con la falsa creencia de que apoyando al departamento de deportes en sus funciones de prensa podría obtener la gratitud del entrenador y conseguir más tiempo de juego, acepté el trabajo e incluso lo perfeccioné usando mis habilidades de

escritor para comentar los incidentes de los partidos sin limitarme a dar unos datos en frío por teléfono a los periódicos. A veces me vi obligado a reconocer mis torpezas como deportista escribiendo líneas delatorias: [...] *el juego se salió de las manos en el octavo inning cuando, con las bases ocupadas, el disparatado Talese botó la pelota más allá del alcance de la primera base y ésta rodó debajo de las graderías...*

Si bien hubo muchas chicas en el bachillerato que me atraían, yo era demasiado consciente, sobre todo después de mi combate con el acné, como para pedirle una cita a alguna de ellas. Y aunque todas las noches dedicaba horas a mis libros escolares, lo que más atraía mi interés eran esos libros con ideas y observaciones que mis profesores consideraban inútiles y que nunca estaban incluidas en los cuestionarios que ellos formulaban en nuestras pruebas y exámenes. Excepto por mis excelentes calificaciones en clase de mecanografía, que dictaba una mujer voluptuosa, de trenzas rubias y entusiasta de la ópera, que era amiga de mi madre y que dejó mi espíritu flotando cuando comparó los ligeros dedos de mis manos con los de un joven pianista clásico que ella admiraba, mis notas estuvieron por debajo de la media en casi todas las materias, y en la última primavera de 1949 me gradué de bachiller en la escala de los mediocres de mi clase.

A esto se sumó mi consternación al final de aquel verano cuando fui rechazado por todas y cada una de los doce universidades cercanas a mi casa en el estado de New Jersey a las cuales me había presentado. Después contacté a la secretaria del rector para conseguir los nombres y las direcciones de otras

universidades en las cuales podía solicitar ingreso, y el rector en persona hizo una rara e inesperada visita al almacén de mis padres. En ese momento yo estaba arriba, en el balcón de la oficina de mi padre, que daba al cuarto principal del almacén, sentado en su escritorio revisando las listas de despachos del final de la tarde, porque iba a comenzar mi trabajo de verano como conductor de uno de los camiones de la lavandería. No fui consciente de la llegada del rector hasta que escuché su voz fuerte y familiar saludando a mi madre, que estaba en la estantería de los vestidos poniendo las etiquetas de los precios en algunas de las nuevas mercancías de otoño que yo había desempacado temprano.

Mientras miraba ansiosamente, agachado detrás de una de las macetas de palmas colocadas a lo largo del borde del balcón, vi a mi padre viniendo desde el cuarto de sastrería para saludar de mano al rector antes de unirse a mi madre enfrente del mostrador, en tanto el rector aclaraba su garganta ruidosamente, como solía hacer en nuestras asambleas del colegio para dar algún anuncio. Era un hombre delgado, de gafas, con el pelo gris ensortijado, que solía vestir una camisa de cuello blanco redondo adornado con un corbatín de punticos, y colgada de la cadena de un reloj de oro que cruzaba el chaleco de su traje de tres piezas, llevaba su llave *Phi Beta Kappa* incrustada con diamantes que podía ver centelleando desde una distancia de nueve metros. Mi padre, que era el mejor cliente de su propia sastrería, también estaba vestido con estilo, pero había un porte orgulloso en el rector que de alguna forma disminuía a mi padre, o así me parecía, y por eso me resultaba incómodo, aunque

eso parecía no afectarle a mi padre. El permanecía allí muy calmado junto a mi madre, con los brazos cruzados, apoyado contra el mostrador, esperando a que el rector hablara.

“Siento mucho molestarlos a Uds con esto”, comenzó a decir, sin sonar preocupado para nada, “yo sé que su hijo es un buen chico, pero me temo que no sirve para la universidad. Él insiste en enviar solicitudes que siempre le devuelven, y ahora yo quiero apelar a Uds. para que traten de disuadirlo”. Hizo una pausa como si esperara alguna objeción. Como mis padres permanecían en silencio, él continuó en un tono más suave, incluso comprensivo: “Oh, yo sé que ustedes dos quieren lo mejor para su hijo, que han trabajado muy duro para conseguir lo que tienen, y por eso odiaría ver que malgastan dinero en su educación. Creo realmente que lo mejor para ustedes y también para su hijo sería que lo dejaran aquí en el negocio, y quizás prepararlo para que algún día lo pueda manejar, más que perder el tiempo pensando en enviarlo a una universidad y...”

Como mis padres continuaban callados escuchándolo, yo miré abajo a los tres, fijamente, humillado pero no sorprendido por lo que estaba escuchando, y todavía me disgusta que mis padres no hayan dicho nada en mi defensa. No es que me molestara la idea de manejar su negocio: como su único hijo hombre y el mayor de los dos hijos, muchas veces pensé que eso sería inevitable y que podría llegar a ser mi mejor prospecto. Pero también estaba ansioso por escapar de esa isla provinciana que especialmente en invierno era tan desolada; y estaba buscando la universidad como una salida, un destino para el cual yo había ahorrado lo que ganaba

en el almacén y para el cual mis padres habían prometido darme el apoyo económico que necesitara. Todavía no estaba seguro de cómo podría servir a mi carrera una formación universitaria, porque todavía no tenía la certeza de que tendría una carrera, excepto, como el rector dijo tan convincentemente, dentro de los límites del almacén.

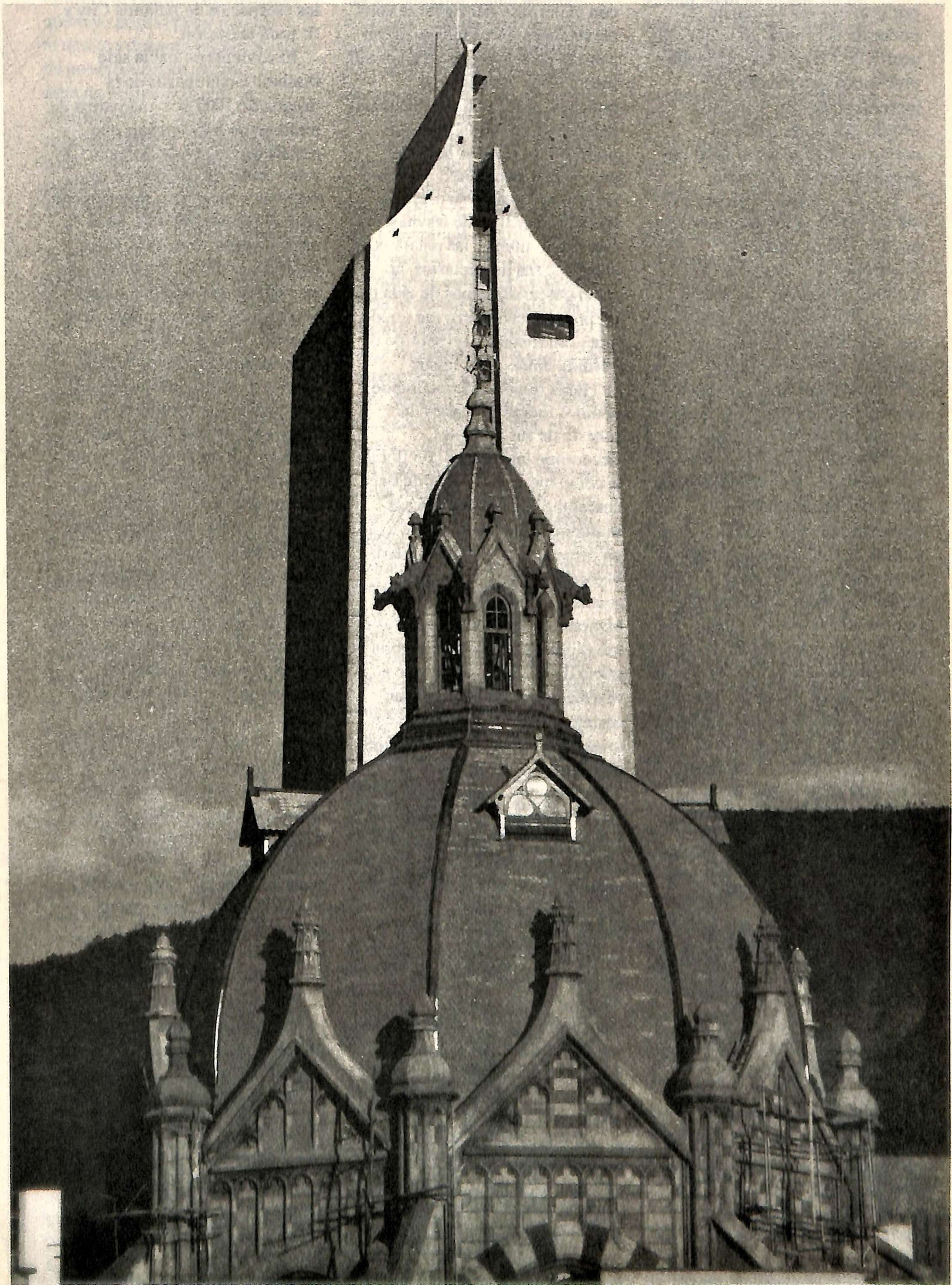
En las siguientes semanas, quizá como reacción a la avalancha de solicitudes rechazadas, mi padre comenzó a decir que me enviaría primero algunos meses a la Rue de la Pax en París, a estudiar sastrería de tipo clásico en la que estaban especializados sus primos italianos. Por último podría prepararme como diseñador de alta costura para trajes de mujer, decía mi padre, agregando animosamente: “Ah, ¡ahí es donde está la plata!”. El renombrado modisto Emanuel Ungaro trabajó una vez como aprendiz de sastre en la empresa del primo de mi padre, y yo mismo no debía despreciar la idea de buscar este entrenamiento de aprendiz durante mi incierto verano después de terminar bachillerato.

También existía otra posibilidad para mí en el periodismo. Además de los informes sobre deportes que había hecho para el semanario del pueblo, colaboré durante mi segundo año de colegio con una columna llamada “High School Highlights”, dedicada a programas culturales como teatro, arte, música, trabajo comunitario, y eventos sociales como las clases de danza y bailes de gala que yo siempre había evitado. Al editor le gustó mi idea y la aceptó a condición de que no esperara mayor remuneración que la que ya estaba establecida en las tarifas de deportes, y que equivalía a diez centavos por

cada pulgada de texto, según como se medían las páginas del periódico. Alternando esta columna con mis notas deportivas pronto comencé a recibir semanalmente un cheque por dos o cuatro dólares, cantidad bastante inferior a la que podía recibir incluso el aprendiz más infeliz de París, como solía recordarme mi padre, pero me sentía recompensado con la satisfacción interior que me daba este oficio.

Aunque seguía siendo incapaz de sacar a bailar a las mujeres, algunas veces lo hice solo en mi nuevo papel como columnista social. Para personas que han sido tan tímidas y curiosas como yo, el periodismo era el vehículo ideal para trascender las limitaciones y los temores. También daba pretextos para averiguar acerca de la vida de la gente: para hacerles preguntas relevantes y esperar respuestas razonables; y también podía ser divertido para utilizar cualquier número de agendas personales clandestinas.

Por ejemplo, cuando mi mascota, un perro cruzado, se voló un día mientras yo estaba en clases durante mi último año (a pesar de que mi madre lo negó con insistencia, yo siempre creí que ella dejó salir al perro, o lo puso en el camino, debido a mis fracasados intentos de mantenerlo fuera del almacén), convencí a mi editor de dejarme escribir un artículo acerca del refugio de animales local, una idea que me inspiró básicamente el deseo de encontrar a mi perro allí, o al menos de confirmar mis peores sospechas acerca de mi madre, cuya amabilidad hacia los clientes no era extensiva a los animales. Sin embargo, después de tres prolongadas visitas al refugio, no descubrí ninguna evidencia sobre la vida o la muerte de mi perro, y aprendí



por primera vez acerca de “el poder de la prensa”, o mejor aún, acerca de los muchos privilegios y prebendas que pueden ser incrementados en beneficio propio por gente como yo mientras nos hacemos pasar por periodistas muy objetivos.

Los principales partidarios de los derechos de los animales en el pueblo, incluyendo a los filántropos que ayudaban a sostener el refugio, me dieron una cordial bienvenida cada vez que llegué allí a examinar las jaulas de hierro vibrantes y llenas de aullidos que albergaban a los animales recién llegados; también me dieron acceso a la oficina de archivos que contenía no sólo los documentos y estadísticas acerca de las mascotas perdidas y encontradas, sino también varias multas de tráfico sin pagar, ya un poco desteñidas, y cartas de amor recibidas tiempo atrás por una difunta secretaria del refugio. En los archivos encontré un récord de mortandad relacionado con un cementerio de mascotas que yo sabía que existía en las afueras de Atlantic City; y cuando se lo mencioné al director del refugio, él insistió en llevarme hasta allí en su carro, devolviéndome la esperanza y el temor de que pudiera por fin descubrir el destino final de mi *chandita* desaparecida.

Pero después de haber sido presentado al vigilante principal del camposanto —un cementerio con árboles frondosos y sobresalientes estatuas de piedra, cruces y otros monumentos para honrar la memoria de unas ochocientas mascotas —perros, gatos, caballos, monos, cerdos, canarios, loras, ratones— me aseguraron que no había ningún perro cruzado que encajara con la descripción que les había enviado poco antes. Sin embargo, mi interés por el cementerio de las mascotas continuaba vivo y

con el permiso del vigilante volví varias veces solo, manejando mi camión de lavandería después del turno, hasta ese sitio que quedaba a diez millas de distancia del puente de la isla. Aunque permanecía hasta la hora del crepúsculo caminando por entre las tumbas, que en su mayoría tenían fotografías de las mascotas con sus nombres y las palabras de afecto de sus propietarios, no seguí buscando signos de vida de mi propio perro, pero me quedó una gran tristeza y un sentido de pérdida unido a ese lugar.

Había dolientes lamentando, como si fueran humanos, la muerte de sus animales, decorando las tumbas con flores, y, como me dijo el vigilante del cementerio, enterrando a sus mascotas, muchas veces envueltos en casquetes de piel de cordero blanco, dentro de criptas de concreto, y poniendo pañuelos blancos de seda sobre las caras de los animales mientras se rezaba el oficio de difuntos, oficio que a veces era acompañado por un cortejo fúnebre, portaféretros y música de réquiem. Mucha gente rica y famosa, cuyas mascotas habían muerto mientras sus amos estaban visitando Atlantic City o trabajando allí, habían escogido este lugar para el entierro, y entre algunos de los que hicieron esta clase de cosas estaban el financista J. P. Morgan, el cantante Irving Berlin y la actriz de cine Paulette Goddard. Algunos de los animales enterrados habían alcanzado gran reputación: ahí estaban los restos de “Amaz el Salvaje”, un famoso perro de exposición reputado como el último de los grandes perros lobos siberianos criados por la familia imperial del zar Romanoff; “Cootie”, la venerable mascota de la Compañía de Infantería 314 en la Primera Guerra Mundial; y “Rex”, un perro que actuó durante años en

los escenarios de Atlantic City y de toda la nación.

El cementerio había sido fundado a comienzos de la década de 1900 por una pareja de amantes de los animales que residía en el área de Atlantic City y que tenían la costumbre de enterrar a sus perros muertos con ritos fúnebres y lápidas, en el patio de atrás de la casa. Ellos habían logrado la aprobación de los vecinos que también tenían perros, y aceptaron compartir el terreno y el costo de su mantenimiento. Después de la muerte de la original pareja, el cementerio fue comprado y ampliado por una mujer que estaba en la mitad de sus setenta cuando el vigilante del cementerio me la presentó; después de escuchar mis ruegos, obtuve de ella toda la cooperación que necesitaba para escribir lo que yo esperaba que sería un larguísimo y conmovedor artículo sobre el cementerio de perros. La historia tenía los elementos que a mí me atraen. Yo estaba conectado personalmente con ella. Tenía un interés humano perdurable. Y estaba concentrada en un lugar oscuro que hasta entonces no había llamado la atención ni suscitado el interés de otros escritores y periodistas. Desde ese momento, cumplí con mi obligación de informar a mi editor acerca de ese especial refugio de animales de la isla —había escrito una pequeña pieza sin firma anunciando la última campaña para recolectar fondos— y estaba en libertad de proponer otra historia más interesante en un periódico donde yo podía atraer más lectores, llamado el *Atlantic City Press*. Por intermedio de un editor del periódico a quien yo conocía por los trabajos que me encargaban para la sección de deportes, logré conseguir el

nombre del Editor Suburbano a quien yo podría proponer el artículo; y dos semanas después de haberle escrito, recibí una nota de aceptación con un cheque por una suma lo suficientemente asustadora como para impresionar a mi padre por algún tiempo: veinticinco dólares.

La pieza de dos mil palabras apareció con mi firma abriendo la página de la sección suburbana bajo un gran título destacado a cuatro columnas y acompañado por una gran fotografía del cementerio tomada por un reportero gráfico del periódico. Diez años antes de alcanzar el estilo literario sobrio y sugerente al que yo aspiraba durante mi periodo como escritor de reportajes para la revista *Esquire*, la pieza del cementerio mostraba ya señales de mi interés permanente de entregar a los lectores detalles precisos de la historia (... *La señora Hillelson celebró en honor de su perro, Arno, un funeral con seis portaféretos y un cortejo de tres carros que desfilaron por las calles...*) No obstante, también incluí algunos detalles más, entre lo sublime y lo ridículo, que el dueño del cementerio me había relatado. Yo no pude resistir la tentación de contarlos (... *y cuando el viejo perro del hombre ciego fue sepultado bajo la tierra, él se levantó y gritó, "¡Oh Dios! Primero te llevaste mis ojos, y ahora mi perro."*)

La respuesta de la gente ante el artículo fue inmediata. Recibí muchas llamadas de felicitación y cartas de los lectores de ciudades tan lejanas como Trenton y Philadelphia, junto con los comentarios del editor suburbano y el editor de la isla diciéndome que yo debía tener futuro en algún campo de la periodismo o la escritura. Ninguno de ellos había asistido a la universidad:

era un dato que había logrado averiguar cuando empecé a ver que ése podría ser mi destino. Pero ellos me advirtieron muy claramente que en sus casos ése no había sido su "destino": ellos habían evadido la universidad por elección, como habían hecho muchos periodistas de su generación, creyendo que esa era una experiencia estéril en una profesión tan dura como el periodismo, entonces castigada por la obsesión implacable de la "Primera página". Esta idea se había apoderado de la mente de los reporteros que hablaban como detectives de gran ciudad y que escribían a máquina, al menos, con dos dedos.

Yo no sé si buscaba consuelo en esa fantasía mientras escuchaba a través de la puerta, desde el balcón, al director de mi escuela describiéndome ante mis padres como un alumno mal preparado para la vida universitaria. Todo lo que recuerdo, como dije antes, fue una cierta humillación recurrente causada por mi bajo nivel académico, y por la frustración aún no superada que debían de sentir mis padres ante el veredicto que el director había dado sobre mi caso. Por momentos, dejaban entrever la duda acerca de si tal vez ellos deberían ayudarme a sobrellevar esa carga en secreto; en lo que tenía que ver con el almacén, la cuestión de la sucesión estaba ahora resuelta.

En cuanto el director se hubo marchado, y mientras mis padres comenzaban a enterar del asunto en voz baja al contador, yo me hundí suavemente en la silla de mi padre y miré con indiferencia el destino que me esperaba afuera, en el mostrador. Me quedé allí por algunos minutos, sin saber qué hacer, y mucho menos sin saber si mis padres se habrían enterado de que yo estaba allí —hasta que de

pronto escuché la voz de mi padre llamándome desde el primer piso, junto a las escalas.

"Tu director no es muy inteligente," dijo, sacando un sobre del bolsillo de su camisa, e invitándome a que bajara a leerlo. Y con una ligera sonrisa añadió: "Tu irás a la universidad."

El sobre contenía una carta de admisión de la Universidad de Alabama. Yo no lo supe hasta que me lo explicaron más tarde: un mes antes, mi padre había hablado sobre mis dificultades con un antiguo Rotario a quien él había pedido ayuda —un médico nacido en Alabama que había ejercido la medicina en la isla desde mitad de los años veinte—. El era también el médico de nuestra familia y, por suerte, para mí, era además un influyente egresado de la Universidad de Alabama. Por añadidura, su cuñada había sido mi profesora de mecanografía. Su corto aunque elogioso concepto acerca de mis talentos representó el más impresionante voto de confianza que yo podía esperar de la escuela local; y ella, junto con el doctor, aparentemente habían hablado de mí al decano de Alabama en forma tan positiva y persuasiva, en una carta en la que afirmaban que yo tenía más grandes posibilidades para el futuro que las que indicaban mis calificaciones de la escuela, que yo fui admitido en la universidad como alumno de primer año.

También estuvo a mi favor, tal vez, el deseo de muchas universidades del Sur en esos días de dar a sus "lirios blancos", y sobre todo a sus campus universitarios, algo de diversidad: cierta clase de gente venida de fuera del estado que podía incluir a estudiantes de ascendencia eslava, griega, italiana, judía, musulmana o cualquiera otra, menos negra. Antes de que términos usados luego en la ley

de derechos civiles como "acción afirmativa" y "cuotas" de minorías estuvieran de moda, muchos de estos sentimientos existían de manera no oficial en lugares como Alabama, en relación con los descendientes que el Ku Kux Klan podía definir como blancos marginales; y yo pienso que fui un beneficiado más de esta lenta evolución hacia la tolerancia. Cuando leí la carta de mi padre, sin embargo, pensé que yo no sabía dónde quedaba Alabama; y después de hallarla dibujada en un mapa, sentí alguna ansiedad por tener que ir a una universidad que estaba tan lejos de mi hogar. Pero durante el fin de semana del "Día del Trabajo", cuando muchos de mis compañeros graduados de la escuela secundaria estaban, como yo, preparando su partida de la isla para universidades situadas dentro del estado o en el vecindario de New York y Pennsylvania, yo estaba feliz porque iba a estar lejos de ellos. Nadie me conocía donde iba a estar. Mis calificaciones de la escuela superior no existirían más: sería como si alguien las hubiera quemado. Yo podría tener un primer año tranquilo, una segunda oportunidad.

En septiembre de 1949, mis padres y mi joven hermana, en una tarde de otoño muy perfumada, me acompañaron a cruzar las columnas de piedra del pórtico de la estación del Ferrocarril de Philadelphia, donde yo iba a abordar uno de esos coches de pasajeros con asientos color plata. En la cubierta de los coches había un letrero oscuro, dibujado en letras de diseño aerodinámico, que decía: "El Sureño". Entonces yo imaginé que estaba sintiendo lo

que mi padre había sentido veinticinco años antes cuando dejó Europa, a los diecisiete años de edad, para venir a América. Yo era un inmigrante que empezaba una nueva vida en una nueva tierra.

El tren arrancó despacio y sacudiéndose en medio de la noche y cruzó el Valle de Shenandoah, en Virginia, y luego se adentró en las Carolinas y en Tennessee y en el extremo norte de Georgia. El vagón estaba lleno de jóvenes muchachos y muchachas atractivos, amistosos, que vestían de modo impecable y que conversaban y reían. Viajaban con sus chaquetas de paño y sus abrigos de pelo de camello doblados cuidadosamente, arriba, en los compartimientos para el equipaje, junto a las maletas con calcomanías anunciando: "Duke", "Sweet Briar", "Georgia Tech", "LSU", "Tulane" —y ninguna, me sentí feliz de advertirlo, "Alabama". Seguía aún viajando por una ruta singular.

No me demoré en el vagón club, donde varios jóvenes en mitad de sus veinte empezaban a jugar dados sobre el piso en medio de la algarabía. Eran seguramente estudiantes de la GI Bill.² Comprendí esto por la forma en que dos vigilantes negros se quejaban del ruido insoportable; como nadie intentó poner fin al asunto, la bulla continuó durante las dieciocho horas que permanecí a bordo del tren. Gasté todo ese tiempo, y más, mirando el paisaje borroso de la noche, con los ojos clavados en los vidrios, mientras trataba de retener en la memoria algunos de los nombres extraños que tenían

las estaciones de los pequeños pueblos que dejábamos atrás, perdidos en medio de luces tenues; cuando no podía dormir, leía algunos capítulos de "Los jóvenes leones", un libro de uno de mis autores favoritos: Irvin Shaw (pienso cuando fui sorprendido por la profesora en dos ocasiones con novelas de Irvin Shaw y John O'Hara; ella era una amante de la obra de Virginia Woolf, que dictaba una clase de Inglés que no me gustaba) —y también leía con cuidado el catálogo de la Universidad de Alabama que me había llegado por correo en el momento de mi partida. Yo planeaba graduarme en periodismo. A pesar de que todavía no estaba convencido de que esa podría llegar a ser mi carrera, creía que estudiar periodismo podría ser para mí un desafío, al menos en un sentido académico. Deseaba aprovechar la oportunidad de quedarme en la escuela y preservar por un tiempo más mi estatus de estudiante, defendiéndolo de las garras de la suerte en mi tablero de damas.

Después de que el tren llegó a una ciudad del oeste central de Alabama llamada Tuscaloosa, donde yo era el único pasajero que bajaba, tomé las dos viejas maletas de cuero que mi padre me había prestado y las entregué a un chofer negro, de sombrero, que me llevó enseguida hasta un autobús que parecía sacado de una escena de "Lo que el viento se llevó". Por donde quiera que yo miraba a través de las ventanillas del carro, aparecían por todas partes edificios venerables de antes de la guerra, que hacían parte del sector más

2 El GI Bill era un programa de ayuda del gobierno de los Estados Unidos para la reinserción a la vida civil de los soldados que habían participado en la Segunda Guerra Mundial. Una de estas ayudas eran las becas para cursar estudios universitarios.

viejo de la Universidad de Alabama. Algunos habían sido restaurados luego de que el campo fuera atacado e incendiado por soldados de la Unión durante la guerra civil. Ahora eran usados como salones de clase, sitios de reuniones sociales o centros de vivienda para el cuerpo de profesores o los estudiantes.

Mi residencia estaba media milla más allá, y había sido construida en tierras bajas, cerca a una ciénaga. El local fue acondicionado en uno de los edificios construidos después de la guerra para albergar al alto número de estudiantes, ahora acrecentado por la GI Bill. Los alojamientos eran pequeños, húmedos, y, como descubrí muy pronto, estaban penetrados a toda hora por un aire con olor a almizcle que provenía de un molino de papel situado fuera de la universidad, en unos campos cercanos a una gran autopista. De noche, el dormitorio estaba invadido también por el ruido de los estudiantes ex-GI que regresaban de los bares que vendían cerveza, situados alrededor del campus, y que abundaban más allá, en las propias calles céntricas del condado. Parecían parrandistas ansiosos de dar serenatas, de jugar cartas y lanzar dados. Tenían el mismo vigor que había adivinado en esos otros veteranos jugadores del vagón club del ferrocarril.

Pero lejos de ser molestado por esta conmoción nocturna —a la cual contribuí un poco a medida que empezaba a hacer amigos durante las siguientes semanas— pronto llegué a sentirme atraído por estos hombres viejos más que por mis contemporáneos. En mi cómodo papel de observador atento a cada ruido, me gustaba detenerme a mirar a esos veteranos jugando cartas, y a oír

sus historias de la guerra, sus palabrotas de reclutas, sus chistes sucios. En mitad de la noche, y raras veces abriendo un libro, ellos se levantaban con la intención de preparar las clases, o de mandarlas al diablo, sin miedo aparente de perder un curso —una actitud que dejaba a muchos desconcertados—. No todos esos sobrevivientes de la guerra sobrevivieron a su primer año de universidad.

Yo, por supuesto, no seguí su ejemplo, y dejemos las confidencias en este punto; pero junto a estos hombres me sentí más relajado, me ahorré el trabajo de tener que compararme sólo conmigo mismo todo el tiempo, y a veces de modo poco favorable, con la gente de mi misma edad. Todo esto pareció tener un efecto favorable sobre mi salud y sobre mi trabajo escolar. Mi acné había desaparecido por completo a menos de seis meses de mi llegada, una cura que podía atribuirse tal vez a la atmósfera festiva del dormitorio, tan saludable como el olor fétido que llegaba del molino de papel. Aprobé las notas en todos mis cursos del primer año, y poco antes del final del semestre tuve mi primera cita en un café, y después mi primera cita en el cine y el primer beso francés con una rubia de segundo año, oriunda de Birmingham. Ella estaba estudiando periodismo, pero iba a terminar su carrera con una especialización en publicidad.

Como estudiante de periodismo, yo estaba clasificado como alguien del promedio. A veces, tanto al comienzo como al final de la carrera, trabajaba cada semana en el campus como corresponsal de un periódico de la cadena Scripps-Howard, el *Birmingham Post-Herald*. Los profesores de la facultad se

inclinaban más por el estilo conservador y muy formal de hacer periodismo proveniente del *Kansas City Star*, periódico donde algunos de ellos habían trabajado antes como editores y como miembros del staff de periodistas. Ellos tenían muy definidos los criterios acerca de lo que eran las noticias y también acerca de la forma en que deberían ser presentadas. Las “cinco W’s” —quién, qué, cuándo, dónde, por qué— eran preguntas que según ellos deberían ser contestadas en forma sucinta e impersonal en los párrafos de entrada de todo artículo. Desde esa época, algunas veces me resistía a esa fórmula, y pensaba que al escribir las noticias debía tratar en cambio de hacerlo relatando la historia desde el punto de vista de la persona más afectada por los acontecimientos. Sin duda estaba influido por los escritores de ficción, pero prefería leer a los practicantes de la no ficción “objetiva”. En todo caso, aquellos profesores nunca fueron para mí el grupo favorito.

Sin embargo, por eso no hay que deducir que existiera alguna desavenencia entre nosotros, o que yo fuera un estudiante rebelde. El asunto era nada más el reflejo de una era que precedía al ascenso de la televisión como la fuerza dominante en el cubrimiento instantáneo de las noticias. Yo, en cambio, reflejaba mi pasado, tan propio y peculiar, en mi ambivalencia acerca de quién y qué era importante. Leyendo revistas y periódicos viejos en la biblioteca de la universidad y en algún otro lado, como hacía a veces en mi tiempo libre, empecé a pensar que muchas de las noticias que se imprimían en las primeras páginas eran histórica y socialmente menos reveladoras del tiempo en que habían aparecido que los clasificados y la publicidad



desplegada a través de las páginas interiores de los periódicos. La publicidad ofrecía bocetos detallados y fotografías que mostraban de manera más fiel las costumbres corrientes de cada época en los vestidos, los estilos de las carrocerías de los carros, los apartamentos ofrecidos en alquiler, los precios de los arrendamientos, los empleos disponibles para la gente de cuello blanco y para las clases obreras; mientras tanto, las noticias de las primeras páginas casi siempre se relacionaban con palabras y actuaciones de gente que parecía importante en un momento dado, pero que después no era importante nunca más.

A lo largo de mis días de universidad, que terminaron en 1953, y en los años que siguieron en el *Times*, yo pedí a los editores que me asignaran trabajos que no figuraran como candidatos a ser publicados en la primera página. Ocasionalmente, cuando me especialicé en escribir sobre deportes, tanto en Alabama como en el *Times*, el resultado final del juego me interesaba menos que quiénes estaban en la cancha; y si me daban la oportunidad de escoger si escribía acerca de gente que personificaba *lo in* o *lo out*, yo invariablemente escogía la última. Cuando llegué a ser editor de deportes del periódico de la universidad en mis primeros años, aproveché a fondo mi posición para describir la desesperación del *infielder* que sólo alcanzaba a ver la acción del juego cuando estaba en medio de la montonera; también escribí sobre muchos otros personajes desafortunados que encontraba afuera, en las líneas que demarcaban el campo de juego. Uno de los reportajes de deportes que escribí para el periódico de la universidad tenía

que ver con un enorme estudiante de más de dos metros de altura, que vivía en los bosques de las afueras del condado y que no sabía cómo jugar ningún juego, ni deseaba aprenderlo. También escribí sobre un hombre negro, entrado en años y nieto de esclavos, que fue ayudante del utilero de un club de atletismo; y como en esta época y lugar no había contactos interraciales en los deportes, todos los partidos de fútbol empezaban con los muchachos blancos sobando la cabeza de los jugadores negros para tener buena suerte. Si yo escribía con más compasión acerca de los perdedores que de los ganadores durante mis días de periodista deportivo, ello se debía al hecho de que las historias de perdedores me parecían más interesantes: una idea que yo mantuve viva en la mente mucho después de dejar el campus de Alabama. Como escritor de deportes del *Times* llegué a estar fascinado por un peleador de peso pesado, Floyd Patterson, que era noqueado con frecuencia, pero que enseguida empezaba a entrenarse para el próximo combate. Escribí más de treinta historias diferentes acerca de él en el periódico diario y en el *Times Sunday Magazine*, y finalmente hice también una larga pieza para la revista *Esquire*, titulada "El perdedor" (que Barbara Lounsberry ha incluido en la segunda parte de esta antología.)

Acababa de escribir esta historia cuando fui incluido en lo que Tom Wolfe llamó el "Nuevo Periodismo", pero es obvio que mi trabajo estaba basado en un estilo anticuado: caminar mucho, gastando la suela de los zapatos, pasar muchas horas con el personaje de la historia, día tras día (justo como yo había pasado tantas horas de mi juventud en el

almacén de mis padres, observándolo todo y escuchando) —el "Arte de colgarse a la gente," lo he llamado así algunas veces. El es una parte fundamental de mi trabajo junto con ese otro elemento que yo he mencionado mucho, un regalo de mi madre: la curiosidad. Mi madre sabía que hay una diferencia entre ser curioso y ser entrometido. Y esta distinción me ha guiado siempre cuando observo a la gente que entrevisto y a la hora de escribir, cuando los presento en mis reportajes. Yo nunca he escrito acerca de nadie por quien no hubiera sentido un poco de respeto, y este respeto es evidente en el empeño que pongo al escribir y en el tiempo que me tomo para tratar de comprender y expresar en forma correcta sus puntos de vista, sin dejar de lado las fuerzas sociales e históricas que han contribuido a moldear su carácter, o la ausencia de éste.

La escritura para mí ha estado siempre llena de dificultades, y no invertiría el tiempo y el esfuerzo que me demanda la escritura de una historia sólo para ridiculizar a alguien; y digo esto después de haber escrito sobre gangsters, empresarios de pornografía, y otras gentes que se han ganado el menosprecio y la desaprobación de la sociedad. Sin embargo, en gente como ésta también he encontrado a veces una cualidad redentora que me ha llamado la atención, o un malentendido sobre ellos que yo deseaba corregir, o una raya oscura sobre la cual esperaba arrojar alguna luz porque creía que eso podría iluminar también zonas oscuras que todos nosotros llevamos adentro. Norman Mailer y Truman Capote han logrado hacerlo en sus escritos sobre asesinos, y otros escritores —Thomas Keneally y John Hersey— nos lo han mostrado en sus reportajes sobre las

cámaras de gas de la Alemania nazi y las bombas fatales de Hiroshima.

El acto de estar metiendo las narices, en cambio, representa el interés vil, el temperamento mercenario de vendedores de baratijas de algunos diarios tabloides y, a veces, de la mayor parte de los periodistas y biógrafos que aprovechan cada oportunidad que se les presenta para arrojar lodo sobre grandes nombres, hacer público cualquier lapsus linguae de una figura pública, escandalizar con cada pequeño romance o aventura de alguien, aun cuando ésta no tenga en realidad ninguna importancia pública.

He evitado escribir acerca de las figuras de la política, porque casi todo lo que tiene que ver con esta clase de gente es de un interés muy temporal; los políticos son personas que fácilmente pasan de moda, víctimas del proceso de reciclaje inventado por ellos mismos. Además, están condenados de antemano si dicen abiertamente lo que de verdad piensan. Mi curiosidad más bien me lleva, como he dicho, hacia figuras privadas, individuos desconocidos para quienes yo habitualmente represento su primera experiencia con alguien que los entrevista. Puedo escribir acerca de ellos hoy, o mañana, o el próximo año, y no habrá ninguna diferencia sin son personajes de fama local. Esta gente no tiene fechas ni pasa de moda. Gente como ésta puede vivir tanto tiempo como el lenguaje usado para hablar de ellos y de sus vidas. Y ese lenguaje puede tener una larga vida si es bendecido con cualidades perdurables.

Mi primersima historia en el *Times*, en el invierno de 1953, que siguió a mi graduación en junio en Alabama, tuvo que ver con un

hombre oscuro que trabajaba en el centro de la llamada "Esquina del Mundo", en Times Square. Yo era entonces un ayudante de la redacción, un *copyboy*: el trabajo que había conseguido una tarde después de llevar mis papeles al departamento de personal e impresionar a la directora con mi rápida y cuidadosa forma de escribir a máquina y con mi traje de paño cortado al modo clásico (ella me lo dijo después). Algunos meses más tarde, luego de haber logrado el puesto, mientras hacía tiempo a la hora del almuerzo, estaba dando una vuelta por la zona de los teatros cuando mis ojos se detuvieron en el aviso luminoso de casi dos metros de alto, que daba vueltas con sus letras resplandecientes en lo alto de un edificio de tres fachadas que dominaba la esquina de la calle cuarenta y dos. Eran los últimos titulares del *Times*. Pero yo no estaba leyendo realmente los titulares; estaba maravillado y no hacía más que preguntarme: *¿cómo funciona ese aviso? ¿cómo pueden formarse las palabras con esas luces? ¿quién está detrás de todo esto?*

Entré al edificio y encontré unas escalas. Caminé hasta arriba, y en lo alto descubrí un largo cielorraso que parecía la buhardilla de un artista; allí, subido en una escalera de mano, había un hombre que ponía bloques de madera que iban formando letras. Con una mano, sostenía un block de notas con los titulares del último boletín: los titulares cambiaban constantemente —y con la otra mano sostenía los bloques y los insertaba en el aparato que creaba las letras a todo lo largo de las paredes del exterior. El aviso, igual que el edificio, tenía tres lados y estaba formado por 15.000 bombillos de veinte wattios.

Miré al hombre por un rato y cuando se detuvo lo llamé, diciéndole que yo era un ayudante de la redacción del *Times*, que estaba situado a media cuadra más allá, pero que también era propietario de ese pequeño edificio. El hombre me saludó y bajó de la escalera. Luego aceptó tomarse un descanso y hablar conmigo. Dijo que su nombre era James Torpey, y agregó que había aguantado ahí, trabajando para el *Times* en esa cartelera luminosa, desde 1928. Su primer titular fue la noche de las elecciones presidenciales y decía: *¡Hoover derrotó a Smith!* Durante veinticinco años, este hombre llamado Torpey había estado encaramado en esa escalera. A pesar de mi limitada experiencia en el periodismo de New York, yo sabía que *esa* era una buena historia. Después de tomar algunas notas acerca de Torpey en la libreta de apuntes que siempre llevaba en mi bolsillo, volví a la oficina principal y mecanografié un corto memorando acerca de la historia y lo puse en la casilla de correo del Editor Local. En el *Times*, no me pagaban por escribir, sólo por llevar recados en la redacción y por realizar otros pequeños trabajos domésticos; pero a pesar de esto, unos días más tarde, recibí una nota del editor diciéndome que serían bienvenidos unos cuantos párrafos sobre la vida en las alturas del hombre de los bombillos. La historia fue publicada (sin mi firma) el 2 de noviembre de 1953.

Ese artículo —y también mi pieza firmada en la sección de Viajes del *Times* del domingo, tres meses después, acerca de la popularidad de las sillas de tres ruedas que la gente usaba en las playas de Atlantic City— me pusieron en la mira de los

editores. A ellas siguieron otras piezas, incluido un artículo para el magazine del domingo que el *Times* publicó en 1955, mientras yo estaba en el Ejército, cumpliendo el servicio militar obligatorio. La pieza trataba de una señora casi anciana, tan vieja como para haber sido una de las más venerables clientes de mi madre: una actriz de películas de la época del cine mudo llamada Nita Naldi, que había sido alguna vez la estrella acompañante de Rodolfo Valentino en algunas películas, en Hollywood. Pero en 1954, décadas después del éxito de Nita Naldi en el cine, fue anunciado un nuevo musical llamado "La Vampiresa", inspirado por la vida de la actriz, y Carol Channing hacía el papel de estrella principal. El musical iba a ser estrenado muy pronto en Broadway.

Leí la noticia una mañana, en una columna sobre teatro publicada en un tabloide, mientras viajaba en el metro hacia el trabajo, meses antes de alistarme en el ejército. La columna decía que Nita Naldi vivía reclusa en un pequeño hotel de Broadway, pero la información no mencionaba el nombre del hotel. New York tenía entonces cerca de 300 pequeños hoteles como ese en el área de Broadway. Gasté muchas horas mirando las páginas amarillas en la redacción del *Times* cuando no estaba ocupado en otra cosa; anoté en una libreta todos los números de los hoteles y más tarde empecé a hacer llamadas desde uno de esos teléfonos que existían en la parte de atrás de la redacción y que los ayudantes podíamos usar cuando el editor local no podía vernos desde su escritorio para hacer valer su autoridad sobre los *copyboys*.

Llamé a cerca de ochenta hoteles durante cuatro días,

preguntando en cada ocasión si podrían comunicarme con la suite de la señora Naldi, hablando siempre en un tono confidencial que yo esperaba que diera a entender que sabía que ella estaba allí. Pero ningún empleado de los hoteles había oído hablar nunca de la señora Naldi. Entonces llamé al Hotel Wentworth y para mi asombro, escuché la voz áspera de un hombre que decía, "Sí, ella está aquí —¿quién la necesita?" Colgué el teléfono. Corrí al Hotel Wentworth en persona.

Para mí, el teléfono es el segundo aparato, sólo después de la grabadora, con la capacidad para socavar el sentido del arte de la entrevista. Lo comprendí en mi madurez, especialmente mientras hacía giras para promover uno de mis libros: yo mismo he sido entrevistado por jóvenes reporteros que manejaban grabadoras; y como permanecía sentado contestando sus preguntas, podía verlos medio escuchando, tranquilos, relajados porque sabían que las pequeñas ruedas de plástico estaban girando. Pero lo que ellos lograban de mí (y pienso que obtenían lo mismo de otra gente que les hablaba de ese modo) no era la mirada profunda que se logra en las entrevistas de fondo, basadas en la confrontación profunda, en el análisis perceptivo y en el trabajo preparatorio con el personaje sobre el cual se está escribiendo; con frecuencia, en estos casos, el primer borrador es un diálogo superficial que frecuentemente reduce el intercambio a una conversación insulsa de radio.

A pesar de que esta forma de trabajo desacredita el arte del reportaje, la mayoría de los editores tácitamente la aprueban, porque una entrevista grabada y transcrita fielmente puede proteger al periódico de algunos

de esos entrevistados que acostumbran reclamar porque han sido tergiversados en forma dañina —acusaciones que, en estos tiempos de demandas legales y ambición desmedida de cobrar gastos legales, provocan mucha ansiedad, y algunas veces temor entre los editores más independientes y corajudos. Otra razón por la que los editores están aceptando el uso extendido de las grabadoras tiene que ver con el hecho de que ellas son útiles para lograr artículos publicables escritos a destajo por periodistas a los cuales pueden pagar honorarios por debajo de lo que podrían cobrar escritores más reflexivos y más comprometidos con su oficio. Con una o dos entrevistas y una pocas horas de grabación, un joven periodista de hoy, sin mucha experiencia, puede producir un artículo de 3.000 palabras limitado a retransmitir las citas textuales del personaje. De acuerdo con la relevancia del sujeto en el negocio de las noticias, percibirá unos honorarios por un valor de entre 500 y 2.000 dólares, que es un pago justo, si se consideran el tiempo y la herramienta empleados, pero que es menos de lo que se pagaba por artículos de similar longitud e importancia cuando yo comencé a escribir para algunas de esas revistas de circulación nacional, como el Magazine del Domingo del *Times* y para la revista *Esquire*, entre 1950 y 1960.

El teléfono es otro elemento inadecuado para entrevistar porque, entre otras cosas, le niega a usted la posibilidad de aprender el arte de observar la cara de una persona y sus maneras, y de percibir el ambiente que la rodea. También creo que la gente revelará más de sí misma a usted si está físicamente presente; y mientras

más sincero sea su interés, mayor será su oportunidad de obtener la cooperación de esa persona durante la entrevista.

La cabina telefónica del Hotel Wenworth, que yo sabía que tenía que usar para anunciarme a mí mismo ante Nita Naldi, no representó el mismo obstáculo de otro teléfono cualquiera: después de todo, la estaba llamando desde su propio edificio, estaba listo allí, era una presencia inevitable!

“Hola, señora Naldi,” empecé a decir, después de haber pedido al operador que me conectara directamente, sin presentarme ante ningún empleado en la recepción del hotel; un acto de cortesía de naturaleza mercenaria que podía volverse fácilmente en mi contra.

“Yo soy un muchacho del *Times*, y estoy abajo en el lobby de su hotel, y quisiera hablar con usted unos minutos para un artículo en el Magazine del domingo”.

“¿Usted está abajo?” preguntó ella, un poco asustada, con una voz dramática. “¿Cómo supo dónde vivía?”

“He llamado a todos los hoteles de Broadway que pude.”

“Usted debe haber gastado mucho dinero, joven” dijo ella, con una voz más calmada.

“De todos modos, no tengo mucho tiempo.”

“¿Puedo subir y presentarme enseguida, señora Naldi?”

Después de una pausa, ella respondió:

“Bien, deme cinco minutos, y después suba. Cuarto 513. ¡Oh, el lugar está en perfecto desorden!”

Subí al quinto piso, y nunca olvidaré ese lugar. Ella ocupaba una pequeña suite con cuatro loras, y la suite estaba decorada como un escenario de una película de comienzos del siglo. Y la señora Naldi se había puesto un vestido que sin duda alguna habría deslumbrado a Rodolfo

Valentino, sólo a él. Tenía las cejas arqueadas y pintadas con un lápiz de color muy negro, y llevaba largos aretes y un traje negro, y un pelo azabache que estoy seguro se tinturaba diariamente. Sus gestos eran muy exagerados, como en la era de las películas mudas en que había tenido que actuar; y estaba muy divertida. Tomé notas, regresé a mi apartamento cuando acabé el trabajo del día, y escribí la historia, que me tomó probablemente tres o cuatro días, o algo más para completarla. Luego, me presenté ante el editor del domingo que tenía a su cargo las historias del mundo del espectáculo y le pregunté si tendría la amabilidad de leer mi relato.

Una semana más tarde, llamó a decir que le gustaría publicar el artículo. Su respuesta marcó uno de los días más felices de mi juventud. La revista del domingo lo publicaría, definitivamente, repitió él, agregando que no sabía exactamente cuándo. La historia permaneció en lingotes por unos pocos meses. Pero finalmente apareció el 16 de octubre de 1955, mientras yo estaba de servicio en el cuerpo de tanques del ejército, en Fort Knox, Kentucky. Mis padres me enviaron un telegrama. Yo les respondí la llamada desde un teléfono público, y mi madre me leyó el artículo publicado a través de la bocina. Este empezaba así:

Con el fin de que Carol Channing pueda convertirse en una verdadera vampiresa que va por el mundo seduciendo a los hombres y envolviéndolos con su belleza pérfida, como actriz principal de “La vampiresa”, el musical sobre la era del cine mudo que será estrenado en Broadway el 10 de noviembre, durante el tiempo de los ensayos ha tenido como consejera, ayudante de campo, crítica y conductora a esa exótica y vieja sirena llamada Nita Naldi. Cuando hay que hacer papeles de

vampiresa, nadie es una instructora más calificada que la señora Naldi. En su apogeo, en los años veinte, Nita Naldi fue el símbolo de lo más ardiente y perverso que existió en el cine mudo...

Y la historia terminaba:

...todavía morena y acuerpada, la señora Naldi es reconocida con frecuencia por la gente cuando viaja. “Las mujeres no parecen odiarme más,” dice con satisfacción. Con frecuencia, en la calle, la gente la detiene y le pregunta: “¿Cómo fue realmente eso de besar a Valentino?” La gente joven le dice, “¡Oh, señora Naldi, mi padre me ha hablado tanto de usted!” La actriz se las ingenia para responder en forma amable. No hace mucho tiempo un hombre se le acercó en el cruce de las calles cuarenta y seis y Broadway y exclamó, asombrado, “¡Usted es Nita Naldi, la vampiresa!” Fue como si él hubiera devuelto el reloj, treinta años atrás, llevando a la señora Naldi a una época ya vivida. Ansiosa por vivir en el presente, la actriz contestó en un tono en el que se mezclaban el resentimiento y la resignación, “¿Usted lo cree?”

Mi madre ordenó varias docenas de copias del magazine del *Times* y las envió por correo a todos los clientes que me habían conocido de niño en el almacén, e incluyó en cada paquete de correos mi dirección en la base militar. Por correo expreso también recibí después una carta del editor local del *Times* informándome que, después de que terminara el servicio militar y regresara al periódico, ya no sería más un *copy boy*. Había sido promovido al equipo de periodistas de planta y asignado al Departamento de Deportes.

En una postdata, el editor agregó: “Pienso que usted por fin ha encontrado su camino.”